

LA MIRADA, ESTRUCTURA Y DIRECCIONES (foco e inversión)

La configuración básica del “yo”

La charla sobre Psicología Trascendental (Apuntes, IV) aporta una “ley” inexorable para la dinámica psicológica: la posición constante del “yo” es de emplazamiento diametral al objeto.

Desde el punto de vista práctico esta ley es de una utilidad notable¹, pero aquí me interesa derivar las consecuencias teóricas.

La díada sujeto-objeto de la filosofía clásica, polo subjetivo-polo intencional u objetivo² (Husserl), o punto de mira-foco/campo³ son aspectos de la estructura básica de la configuración global de la conciencia como mirada-paisaje⁴.

1. El sujeto

El sujeto es una abstracción.

Con esto no intento decir ninguna novedad sino destacar que es un *elemento teórico* de valor casi universal. En el caso, y dejando de lado la universalidad del concepto gramatical de sujeto, me refiero a que todo ser humano es sujeto en este sentido. Pero más que eso, lo que quiero precisar es que “sujeto” ... *no tiene nada que ver conmigo*.

Que yo me sepa sujeto es indiferente a mi vida. Soy sujeto independientemente de que lo sepa.

Y la única manera de “ser sujeto” es ser objeto de un discurso teórico.

Dicho en fácil: *el sujeto solo existe en un texto teórico*, cuando se lo menciona como tal.

¹ Es el tema de mi texto “Lo sagrado, lo que no y el consagrar” (2006-11).

² “El objeto es, por decirlo así, un polo de identidad.” *Meditaciones Cartesianas*, pgfo. 19 in fine; idem “§ 31. El yo como el polo idéntico de las vivencias. ... Hasta aquí, ocupados con la relación intencional entre conciencia y objeto, cogito y cogitatum, sólo se había puesto de relieve para nosotros aquella síntesis que «polariza» las variedades de la conciencia real y posible hacia los objetos idénticos, o sea, en referencia a los objetos como polos, como unidades sintéticas. Ahora se nos presenta una segunda polarización, una segunda forma de la síntesis, que abraza las distintas variedades de cogitaciones todas juntas y de un modo peculiar, a saber, en cuanto cogitaciones del yo idéntico, que en cuanto dotado de actividad de conciencia y en cuanto afectado, vive en todas las vivencias de la conciencia, y a través de ellas está referido a todo polo de objetos. § 32. El yo como sustrato de habitualidades Ahora bien, hay que observar que este yo centrípeto no es un vacío polo de identidad ...”

³ Dí por entendido que el guión liga los elementos polares de la díada. Ahora bien, cuando se trata de un polo complejo, la barra une los elementos de ese polo, así, foco y campo son elementos de una misma estructura. Esta díada la encuentro a partir de los elementos mencionados en *Apuntes de Psicología* (silo.net), II: “no vayamos a confundir los campos de presencia y copresencia con la vieja representación del “foco atencional” que se suponía resaltaba el objeto al cual se atendía y desdibujaba gradualmente a los otros objetos, quedando estos en situación de inactividad.” (p. 91); “Si yo evoco el objeto central que observé anteriormente, entonces entrará en mi campo de presencia” (p. 91); “En el primer caso se ven incluidos, como imagen, dentro de ese espacio pero se observan desde un punto de mira externo...” (p. 96 y sigue); “tales contenidos aparecen estando afuera del observador ya que éste se encuentra (como punto de mira) emplazado en los límites del espacio de representación haciendo de “continente” de los objetos que se representan” (p. 101).

⁴ Silo, *El Paisaje Interno*, cap. *El Paisaje Humano*, cap. I: “Por ello, por la complejidad del percibir, cuando hablo de realidad externa o interna prefiero hacerlo usando el vocablo «paisaje» en lugar de «objeto». Y con ello doy por entendido que menciono bloques, estructuras y no la individualidad aislada y abstracta de un objeto. También me importa destacar que a esos paisajes corresponden actos del percibir a los que llamo «miradas» (invadiendo, tal vez ilegítimamente, numerosos campos que no se refieren a la visualización). Estas «miradas» son actos complejos y activos, organizadores de «paisajes» y no simples y pasivos actos de recepción de información externa (datos que llegan a mis sentidos externos), o actos de recepción de información interna (sensaciones del propio cuerpo, recuerdos y apercpciones). Demás está decir que en estas mutuas implicancias de «miradas» y «paisajes», las distinciones entre lo interno y lo externo se establecen según direcciones de la intencionalidad de la conciencia y no como quisiera el esquematismo ingenuo que se presenta ante los escolares.”

2. Polo es punto

Pero si digo polo subjetivo o punto de mira, si bien son dos niveles distintos de abstracción, encuentro que me siento más identificado con cualquiera de ambos.

Yo me siento polo, situado en un “de este lado” con relación al paisaje que me rodea, a la situación en que me encuentro.

Me siento *en un aquí respecto de un allí*, y eso hace que me sienta mencionado por el concepto de “polo subjetivo”. Sin embargo, lo siento despersonalizado: aunque designe mi ubicación universal, el emplazamiento que puedo reconocer en toda situación vivida, no me siento como tal, no me identifico con el polo aunque pueda ubicarme rápidamente al mencionarlo. Es tan universal que pierde teñido situacional y, por tanto, sensación de identidad. De que “ese” soy yo.

Y si digo “punto de mira” tampoco me siento identificado porque lo siento más como “contenido”, como más interno o en un adentro muy íntimo.

Pero también se me pierde, solo que hacia el otro extremo del sentido: más que sensación es un registro: está ahí *si* atiendo y lo busco.

El punto de mira aparece en un acto deliberado de búsqueda.

Pero aparece sin precisión de detalle, de manera difusa. Si quiero precisar más su emplazamiento se me hace difícil pero lo puedo lograr.

Es una zona de la conciencia donde lo “mío”, de tan interno, se destiñe y pierde sentido de identidad.

Vamos otra vez. (10/10/2011).

4. Coincidencias y diferencias

Sujeto, polo subjetivo y punto de mira son conceptos relativamente coincidentes aunque parezcan equivalentes a los efectos del discurso.

Coinciden en tanto refieren a mí, pero el “mí” al que refieren varía porque se trata de distintos emplazamientos.

Sujeto me enfrenta a objeto, me emplaza en situación, me pone en el mundo.

Por tanto, hablar de sujeto incluye al cuerpo.

Polo subjetivo me instala en el ámbito de la conciencia, me desnuda del cuerpo y sus sensaciones y me pone en relación con entes abstractos, básicamente, “objetos”. Equivale a conciencia o acto como actividades que le son atribuibles.

Punto de mira, por fin, precisa la localización del polo subjetivo y reduce todo el fenómeno (sujeto, polo) a lo que es: un punto desde el que se mira.

La configuración estructural de la mirada

Sabemos que la mirada (o el paisaje) es una estructura: mirada/paisaje.

Sabemos que lo visible de la mirada es el paisaje, y que, paradójicamente, éste muestra (o es visible) según la aptitud de la mirada.

Si es la mirada la que construye el paisaje, estará en la mirada la clave del paisaje.

Sabemos que la mirada es conciencia y que ésta es estructura. O, lo mismo, una actividad (genéricamente llamada pensar) que estructura los fenómenos, lo que aparece en la mirada.

Gráficamente y siguiendo el parámetro clásico, decir que *la conciencia* es estructura es lo mismo que decir que *nunca está “sola”*: es conciencia-de, por tanto, siempre aparece con un objeto que le corresponde.

De ahí que ese esquema gráfico clásico nos diga que la estructura de la conciencia es acto-objeto.

Esta noción estructural facilita la comprensión de la intencionalidad que caracteriza a la conciencia, la dinámica estructurada que es su función (esencia).

El acto se tiende⁵ hacia el objeto que, paradójicamente, construye.
Sabemos que ese tenderse-hacia⁶ es hacia el objeto, como en el caso de lo perceptual, o hacia el contenido en el caso de lo representado.
En cualquier caso, en proceso, es tenderse el sujeto hacia el futuro.
En términos más finos, el objeto no es único y tampoco el acto.

1. La multiplicidad del objeto (o la variación del paisaje)

En tanto ser en situación, lo humano forma parte de una estructura de situación, el mundo, del que es la mirada, el recuerdo, la imaginación, su posibilidad.
Esto suena simple y hasta poético. Pero si queremos operar sobre eso, tenemos que hacer nuevas discriminaciones.
El mundo, el paisaje, es una estructura, un sistema, porque se trata de un proceso estructurado, un conjunto de relaciones (dinámico por sí mismo) que está en proceso (sujeto a cambios en un extendido de tiempo).
Podemos describir las relaciones que componen esa estructura.
Ese plano es el que clásicamente ha sido llamado “objetivo”, constituye el dominio de la ciencia y su infatigable investigación.
Su realidad ha sido puesta en cuestión desde el polo opuesto del materialismo, el idealismo, afirmando que lo real, por permanente, es la idea. La materia, por estar sujeta a las variaciones, es mudable.
La verdad de la realidad puede ser verificada si se sigue una dirección de la mirada, la “objetiva”, hacia fuera de sí misma. Que prefiero llamar “objetal” por las connotaciones de realidad que se le ha conferido a aquel término.

2. La estructura de la mirada: la estructura del paisaje en la mirada externa

Pero hay otra dirección, hacia la propia mirada.
Si abstraemos y decodificamos las valoraciones⁷ que podemos advertir en el paisaje, podremos distinguir los elementos de la mirada.
Esa es una línea de investigación, la génesis del propio valorar, cuyos componentes forman una estructura.
Hay todavía otra línea de investigación, más abstracta: la mirada es valorativa y está relacionada a la situación/paisaje.
Pero es una actividad de conciencia: esa valoración responde y se relaciona con un modelo más abstracto que guarda relación con el “objeto” presente.
Desde este punto de vista, los valores no son abstractos sino bien concretos. Son la vivencia de validez que cada uno da a *su* mundo.
Así de personalizados, mis valores traducen complejos de sensación interna, de traducciones corporales resultantes de las tensiones concomitantes con el “objeto”.
Esos sistemas de tensión/sensación interna quedan “codificados” en esos modelos.
Esos modelos son pasibles de ser “percibidos” en la representación.
La representación de un modelo, por ese “engarce” con el cuerpo, es matriz de franjas de respuesta.

⁵ “Las vivencias intencionales tienen la peculiaridad de referirse de diverso modo a los objetos representados. Y lo hacen precisamente en el sentido de la *intención*. En ellas es *mentado* un objeto, se “tiende” hacia él, en la forma de la representación, o en esta y a la vez en la del juicio, etc.”, Husserl, Investigaciones Lógicas, V investigación, pgfo. 11, p. 176.

⁶ En este sentido tomo el sentido literal del término latino *intentio*, de in-tendere, tender hacia.

⁷ Aquí me atengo al sentido husserliano de lo valioso. El ser humano, dador del sentido a las cosas, evalúa o valora el mundo en todas y cada una de sus vivencias. El mundo vale para los seres humanos. Y por ellos. Esta validez es bien concreta: abarca desde las cualidades sensibles (matices de color, textura, todo lo sensible) hasta las culturales o más abstractas (bondad, justicia, etc.)

Sea que el “objeto” es percibido o representado, aún bajo la forma del modelo, es captado por la conciencia en la *descripción de dirección objetual, la mirada hacia fuera de sí*. Sea que mira afuera del cuerpo o que mira hacia lo imaginado.

Percepciones y representaciones, tanto unas como otras se presentan frente-al sujeto, en una mirada externa, dirigida hacia fuera.

En esa mirada externa puede discernirse el conjunto de relaciones que estructura el paisaje.

Será la validez de los elementos relacionados lo que nos permita “deslizarnos” hacia dentro. Ese código de sensación interna que es lo válido, permite reconocer su origen en las configuraciones copresentes.

La estructura del paisaje será correlato de la estructura de la mirada y nos facilita su alumbramiento.

3. Las direcciones de la mirada interna

Está la otra dirección, única que puede describir la estructura de la vivencia: “hacia” la propia conciencia. Paradójicamente, es una descripción imposible de practicar del mismo modo que la de dirección objetual. No hay un “estar frente a”. Por lo contrario, hay un “mirar de reojo”. Es un *mirar desde adentro* que releva lo interno, que capta lo interno y los movimientos de la atención, pero como por el rabillo de ese ojo interno.

Se contrapone al mirar externo porque en éste el punto de mira se emplaza en los ojos, mirando desde el límite del cuerpo que éstos representan, hacia afuera del cuerpo.

El mirar interno releva la información externa pero también el contexto interno de actividad de conciencia. Con ese material formula representaciones que dan cuenta aproximativamente de lo que podría ser descrito como el fenómeno interno.

Ese fenómeno del mirar interno -que es el propio mirar- es imposible de captar “de frente”.

De modo que tampoco aquí hay un mirar “hacia dentro”, no hay una inversión de la dirección de la mirada, que espontáneamente se presenta externa.

Se trata de una internalización del mirar, de un emplazamiento más profundo del punto de mira.

El mirar parte de un polo o punto de mira y se dirige a un foco o polo objetual.

El foco puede ampliarse hasta abarcar el campo y eso tiene sus consecuencias.

Pero el punto de mira no puede ser “focalizado”.

Solo puede ser representado para su investigación.

Ese punto ha sido el desvío constante de los idealistas y, en particular, de los psicólogos: tomaron la representación del yo como verdadera porque se ofrecía a su mirada como lo hace la “realidad”, lo externo.

Confundieron la patencia de la percepción externa con la evidencia de la mirada interna, única que produce certidumbre porque compromete íntimamente al observador⁸.

4. La reversión de la mirada

Pero aquí, en la vivencia del mirar interno, es cuando uno puede “desembragar”, esto es, desconectarse del efecto de estimulación normal del fenómeno objetual. Es la suspensión del juicio o epojé que propone Husserl.

Mediante un esfuerzo atencional uno puede suspender la fascinación o encantamiento que el “objeto” ejerce sobre la conciencia cuando se lo deja actuar como él es, induciendo lo que normalmente produce en uno, tomando el cuerpo, colonizando la sensibilidad.

Sin borrar el objeto, queda en suspenso su influencia, su presencia se ve neutralizada por otra presencia, la del fenómeno interno, la de mi actividad interna.

Aquí se puede producir una situación de borde –límite.

⁸ Me atengo al sentido originario de los términos en latín. Patente es lo que está a la vista, manifiesto, y eso implica sentidos externos. Evidencia es ver-desde (e-videre) y así se comprende la certeza que aporta la mirada interna porque incluye la vivencia de sí, del mirar, como presente en el momento de mirar. La dubitabilidad de la percepción externa deriva de la posible ausencia del observador, cuyo mirar puede estar desalineado del sentir, por ejemplo.

Así como el foco objetual puede ampliarse y abarcar el campo, difuminando el foco, el punto de mira puede expandirse y difuminarse.

Puedo llevar la sensación de mirar desde el foco hacia la periferia y convertir el polo subjetivo o lugar donde estaba el punto de mira, en foco virtual de un mirar desde una infinidad de puntos de mira repartidos en la superficie interna de una esfera imaginaria.

En ese caso, el mirar converge hacia el centro desde un borde.

Desaparece el punto de mira como punto y con él, se debilita el observador hasta el punto de su virtual desaparición.

Pero el cuerpo queda ahí, esperando.

Las “regiones” objetales

De acuerdo a esta referencia a la mirada, objeto es “lo que está ahí”. En su sentido literal es lo que está arrojado delante del observador.

Sujeto, es lo que está “por debajo” de lo arrojado.

Entonces, según la dirección externa de la mirada habrá objetos percibidos y objetos representados.

Entre estos últimos, los abstractos.

Está el mundo que veo; además, el mundo que imagino y puedo descubrir en un cuento o en una novela; pero también hay otra región que no es propiamente el mundo, pero que da cuenta de él, nos explica cómo es: la teoría.

1. El mundo verificable

El mundo externo, objeto y estímulo de mi experiencia externa, es el dominio de las ciencias de lo verificable. Allí domina el experimento que, una y otra vez, corrobora o desvirtúa la “verdad” de lo que se haya enunciado (o proponga investigar).

La experiencia externa es la experiencia por antonomasia, la que se ha tomado como modelo para toda otra experiencia. Es la que funda las ciencias llamadas “duras” o “de la naturaleza”.

Sus leyes, fundadas en la repetición de las consecuencias de las condiciones experimentales, responden a la mecanicidad de los fenómenos naturales, que se repiten una y otra vez bajo las mismas condiciones.

Así, sus teorías pueden dar cuenta de los fenómenos mediante la explicación, regida por el principio de causalidad (nihil fit sine causa, nada hay sin causa). La causalidad, ley de hierro de los fenómenos naturales, pasó a vertebrar el pensamiento occidental como el principio de razón suficiente, postulado por Leibniz: verdadero es aquello de lo cual se da razón suficiente.

2. El mundo del sentido

La investigación de todo lo que no es natural, básicamente de lo humano y sus producciones, ha sido moldeada en base al modelo científico experimental.

Sus resultados son relativamente válidos cuando lo investigado está en las orillas de ambos mundos -el natural-determinista y el humano-libertario- como es el caso de las investigaciones arqueológicas o etnográficas. Pero cuanto más se adentra la curiosidad del investigador en los vericuetos del sentido -las ciencias culturales como la Historiología, la Sociología o la Psicología- tambalean las verdades experimentales porque la uniformidad de lo fenoménico se ve desplazada por su singularidad.

Las leyes mecánicas que fundan su validez en la repetición universal del fenómeno, no alcanzan a hacer pie en el tembladeral del sentido, donde los fenómenos pueden ser una vez y nunca más.

Lo humano no es perceptible sino por su sentido. Las huellas de lo humano son huellas del sentido que imprime a las cosas.

De ahí que las explicaciones sean de corto alcance y sea necesario echar mano de la comprensión. Al sentido solo se lo puede abordar por el reconocimiento de la experiencia.

Sea que los hechos investigados sean externos, como en el caso de los hechos históricos o los sociales, o internos, como en el caso de los psicológicos, la externalidad de la mirada investigadora trasladada -en el mismo plano- los fenómenos a conceptos, sin atender a un doble salto de sentido.

En primer lugar, la experiencia humana se produce en primera persona. Cada uno la vive en su intimidad y es protagonista exclusivo. Difícilmente alguien pueda ser acabadamente comprendido por otra persona. El otro salto implica el traslado de esa experiencia a una formulación gramatical en tercera persona, que es la propia para redactar juicios que implican conceptos, y es un salto mortal para el sentido encerrado en el fenómeno dado.

El sentido difícilmente sobrevive a ese traslado, al vaciado que implica la abstracción, el plasmar un hecho en un concepto.

Arriba dije que los fenómenos de conciencia no son observables directamente y solo puede investigárselos plasmando en representaciones lo que uno puede relevar *de una experiencia pasada*.

Aunque haya sido recién, ya pasó.

Es en el armado de esas representaciones y sus relaciones, donde puede fallar el hombre de ciencia. Con mucha mayor razón quienes no están condicionados por la observación experimental y sus parámetros preceptuales.

El resultado es que se tiene por verdad lo que por sí mismo es falso, porque solo es representación de un hecho. Y sobre eso se construye un discurso que pretende dar cuenta de fenómenos, pero que se aleja cada vez más del hecho vivido.

Y previo a esto hay que considerar que como en todo acto, la mera mirada -ya no el intento de interpretación científica- es dadora de sentido. Y ese sentido no es -por lo general- el propio de lo mirado. Porque le es dado... por el observador.

La posmodernidad alertó suficientemente sobre la incidencia del filtro del observador sobre el hecho observado, influencia que ya resaltara Einstein y ratificara la Física cuántica⁹.

3. El dominio de la Psicología

Y volvemos al comienzo.

Dos condiscípulos geniales, alumnos de Franz Brentano, partieron de sus ideas para desarrollar las propias.

Uno tuvo tremendo éxito al convertirse en el quizás más agudo observador de la problemática psicológica, Sigmund Freud. Su teoría fue tildada de Psicología “profunda” porque basaba su explicación de la dinámica psíquica en lo que en la experiencia se presenta como ajeno e incomprensible, por tanto, “venido de lo profundo”.

En su primera tópica, más próxima a la descripción, dividió las áreas de la experiencia psicológica en dos: lo conciente y lo inconciente, según que las imágenes conflictivas afloraran -o no- al campo conciente. Más adelante la sustituyó por la tríada Superyo-Yo-Ello lanzando al mundo intelectualizado conceptos que encontrarían una rápida aceptación para autoexplicarse el drama propio.

Freud se atuvo a una teorización basada en la interpretación de los fenómenos, de modo que no pudo superar una clasificación de los contenidos psicológicos.

El otro, un oscuro y fracasado filósofo de la Matemática, Edmund Husserl, desarrolló una teoría que poco a poco fue contaminando las concepciones contemporáneas, entre ellas las teorías posmodernas de la subjetividad.

Al contrario de Freud, que se apoyó en el desarrollo del polo intencional u objetal con su pivotar en los contenidos psíquicos, Husserl hizo una prolija descripción analítica de las estructuras de la vivencia, rescatando lo esencial de la experiencia humana: el sentido.

Su Fenomenología devino, finalmente, en una Egología, un detallado y preciso estudio del fenómeno del yo y de la intersubjetividad, dando por tierra la crítica despertada por quienes no entendieron su obra primera (Ideas I) acusándolo de solipsista.

⁹ Ver “El principio antrópico” de Salvatore Puledda, en Perspectivas Humanistas, Ed.Virtual.

La gran mayoría de las corrientes psicológicas, practicantes de la mirada externa, atentos a las peripecias del objeto -el hecho psíquico manifestado en los contenidos- quedan atrapados en la superficie de la dinámica psíquica por creer que la clave está en los argumentos que estructuran la dinámica de los contenidos.

Silo formuló desde distintos puntos de vista una teoría (parcial e inconclusa) que resulta muy útil, a la manera de un mapa, para quien quiere adentrarse en las reales profundidades del ser humano.

Y llevó ese mapa hasta el borde -que no límite¹⁰- de la experiencia normal, cuyas claves ocultas explica en Psicología Trascendental.

Ya desde el título, su contrasentido anuncia la frustración de cualquier intento de comprender lo trascendental a partir de esas premisas.

Los fenómenos psicológicos son, básicamente, traducciones de impulsos -tal lo que plantea ya en Psicología II. Y el aparato traductor es la conciencia, a partir de la materia que aportan sentidos y memoria.

Y Aquello que se supone configura lo Trascendental, está más allá (o más acá) de cualquier posibilidad de traducción. La conciencia no dispone de las formas pertinentes porque la influencia del “filtro” que implica su experiencia es demasiado fuerte.

Lo cierto es que lo Innombrable, lo Profundo, lo Sagrado, no puede ser formalizado por representación alguna que pudiera producir la conciencia humana.

Por tanto, lo Trascendental no puede ser objeto de la Psicología. De ahí, el contrasentido señalado.

Pero ese contrasentido es justamente la regla en la exposición de Silo, que acomoda el sentido de los términos a lo que a él le interesa, ya no expresar sino producir en el experimentador.

Porque sus palabras encarnan en experiencias, aún cuando no se corresponda el sentido aparente que se les atribuye. Y quizás haya términos que deban ser sustituidos a la luz de la experiencia. Pero que la experiencia se produce si uno exprime sus palabras en busca del sentido, de eso no hay duda.

Los textos aparentemente teóricos de Silo son magníficas guías prácticas. Como todo mapa, para quien conozca el terreno y los aprenda a leer.

Buenos Aires, abril 1 de 2012

¹⁰ El límite implica un término, el final de algo; en el borde “me puedo sentar” ante el paisaje que se abre a mi visión.